

En este ejercicio de la palabra, el tiempo se halla detenido: en la quietud absoluta de la noche, los bordes de la boca revolotean sin pasado, presente o futuro.

La poesía de Luisa Fernanda Trujillo tiene la manifestación de una ausencia, en la que no se puede sopesar el desespero, como es la tradición, sino en ese letargo, en esa calma que deja la mudanza del amor ido, del cuerpo ausente: “empaca la vida en cajas de mercado/ suman de todo multiplicado por nada// en cada una un recuerdo/ en cada una un olvido// las amarra, / las arruma// van cayendo descuadernadas”.

En esto hay novedad, presencia para construir con propiedad su ámbito del deseo. La poesía necesita espacio propio; es decir, hogar de palabras donde volcar lo que se quiere decir. El espacio poético, por ser espacio, tiene que estar enmarcado de vacíos, de silencios. Sin embargo, el marco que lo constituye tiene como lo decía Bergson esbozado por la fenomenología de Gaston Bachelard, “cajones que sirven para clasificar los conocimientos vivi-

dos”. La metáfora se pone en marcha en los cofres, los armarios, los cajones, los rincones donde la vida guardó su intimidad y que al momento de ser abiertos aparecen los sentimientos en su plenitud:

*En una calle
un niño hace viejos los zapatos de caminar
descalzo
en una esquina
un perro deja de jadear el hambre por un
pedazo de pan
para su dueño*

*en un lugar
que alguna vez fue parque
un columpio(s) esconde el instante en que
acuíó sonrisas
en una cama
el amor ya no se acuesta de temor a
quedarse dormido
en una ventana
nadie asoma para no airear las sombras... ■*

*Explicaciones no pedidas** de Piedad Bonnett

Roberto Burgos Cantor**

U nas líneas que se deslizan en la certeza del conjuro parecen invocar alguno de los secretos que guardan los poemas de Piedad Bonnett. Ellas dicen: “Perturbador es el comienzo todo de las cosas”.

A lo mejor, también, y sin deliberación, alude esta especie de sentencia a un momento en el

* Centro Cultural García Márquez. Presentación del libro de Piedad Bonnett, *Explicaciones no pedidas*.

** Escritor y docente del Departamento de Humanidades y Letras de la Universidad Central.



que Bonnett transforma sus motivos poéticos y abre los riesgos a horizontes de exploración y revelación; es decir, el nuevo comienzo.

Esa virtud de perturbar contraría dos de las usuales sendas por las cuales explora la poesía en lengua española. Una de ellas podría llamarse la complacencia de la adormidera. Ésta se embelusa en la postal del paisaje, resucita a un cronista extraviado entre la maravilla y la ignorancia, celebra una naturaleza en cuya complejidad no encuentra cómo adentrarse y las palabras caen derrotadas, inermes, murmullos de repeticiones. Cascabel sin magia no suena ni silencia abandonado del milagro. Adorno inútil.

La otra senda se entretiene con una especie de glosa que calca la realidad, su expresión de horror, el poema choca con ella sin derrumbarla, sin extraerle su artificio. Apenas si agrega escándalo a su fatalidad orgullosa. Suma ruido al sobresalto de sus imposiciones que socavan la incredulidad. Parece que la dolorosa tensión entre la fe en el talismán del poema, su poder de iluminación, y los embates de esa creencia que se funda en la visión domesticada por el artilugio, se rompe, arrinconada a la poesía y suma mentira al horror, aspaviento a la crueldad, sumisión al rechazo.

De esta concesión advierte con severo reproche Piedad Bonnett. Con la inolvidable medida de señal discreta que deja muescas en la memoria, a la manera de esas telas escapadas del marco de Beatriz González con mujeres solitarias que dan la espalda, y caminan y caminan, sin el consejo compasivo del pañuelo la madre de Herta Müller o las lágrimas de la abuela de Guapi de Paula Moreno, el poema suspende las palabras y se abre: “Quiero nombrar aquel escalofrío. / Entonces el poema, como una flor inútil que entre el estiércol crece, / se quiebra avergonzado”.

Y es la vergüenza la que potencia la verdad que traspasa la emoción, su impotencia se convierte en poder, en ambición renovada.

Debo anticipar aquí que en la mayoría de los poemas de Piedad Bonnett, y no sé, ni importa saberlo, si tiene que ver con su belleza perturbadora, se halla, sin estropicio ni señales, a manera de iluminación interior y propia del

poema, con el condensado e implacable relieve de los emblemas, una especie de aforismo abierto que enriquece los sentidos y la libertad del poema.

Entonces lo que ofrece *Explicaciones no pedidas* es una aventura propia, una estación creativa donde los guiños de libros anteriores, las sugerencias, los retos anunciados, las lejanías entrevistas, consolidan una de las experiencias poéticas atractivas y renovadoras, una voz que establece otras sensibilidades, vínculos con el mundo que impregnados de una escogencia personal y única es capaz de tocar un fondo común de humanidad.

Desconozco si a Piedad, como a los músicos que piden un pie para empezar, le gusta dejar en la sombra la otra parte de la proposición que se relaciona con el título de su libro. Es decir, quien explica sin petición hace una confesión manifiesta. Es probable que estas confesiones se asemejen a la voz de la locura: el loco no testimonia. El loco dice, o grita, desde una entraña invisible, extrae un desgarró. A lo mejor funda un territorio distinto, propicio, incluyente. Dice Bonnett: “Lo oscuro pare luz, y eso consuela”.

En alguna esquina discreta de alguno de sus libros la poeta homenajea a Conrad, lo cita: “Lo incompleto perturba”. Así es.

En este nuevo libro, no solo nuevo por reciente, aparece una indagación honda, un inventario sin bodeguero, de vísceras, órganos que compiten con aquellos privilegiados por alguna de las mencionadas sendas de la poesía. La carne, la sangre, el hedor de la muerte, el miembro, la cicatriz, masas blandas, intestinos, pájaros viejos, cloacas, albañales. La poeta los inscribe diferentes. Desde el corazón hinchado como globo de feria y la mano como paloma y las revelaciones de un dolor sin espacio para el llanto, hasta el imperceptible descubrimiento de nombrar corazón seguido de amojamado y ha transformado todo. Poesía sin zonas vedadas es la de Piedad. Poesía que jubila los reiterados oficios de la solemnidad y la celebración, lo que el querido José Watanabe llamaría artificios inconsistentes.

En esta poesía de Piedad Bonnett que aseada sin concesiones, en su rigurosa estructura

de cuarteto que no pierde su lanzadera, muchos vamos a expresarle gratitud por acercarse al sueño. El sueño olvidado, castillo tomado por los surrealistas, dormía y apenas se asomaba en las sesiones del terapeuta.

Esa parte, en *Explicaciones no pedidas* se llama *La inocencia del sueño*. De manera rotunda la señal anuncia otro sueño. Como las advertencias de Ricardo Rey cuando hace sonar la clave y pregona: ¡diferenciando! No es el sueño bíblico, ni el de las hadas, ni la pesadilla, ni la elaboración del obstinado de Berg 19 en Viena, despreciado por Nabokov.

Bonnett lo rescata y con intuición cierta nos confía: los dioses que hacen la literatura, “que adoran lo que existe y sin embargo/ viven de consagrar lo que no existe”.

Debo ofrecerle excusas a Piedad por el intento de transmitir una emoción que no se agota. El viejo Connolly me ayuda a resolver la vergüenza: “Sólo en términos de pasión puede describirse una pasión”.

Y lo que más sé es que esta poesía no es para ser leída, creo que la poesía no se lee, es una operación espiritual distinta. La poesía de Piedad Bonnett acompaña. Hay que echarla en el bolsillo como los viejos amuletos, el colmillo del cocodrilo relleno de pelos de vida. Ahí como manual de sobrevivencia frente a las destrucciones de la idiotez, el horror y la perplejidad.

Gracias Piedad Bonnett, gratitud para tus *Explicaciones* generosas y videntes. Aquí estamos, “jurando nuestro desconocido nombre en vano”.

Bogotá, 1.º de diciembre de 2011. ■